



Capítulo 1

LARK

Cinco bolsas para cadáveres, tamaño adulto.

Parpadeé y casi suelto el cúter que había estado usando.

¿Qué demonios?

Eché un vistazo alrededor, esperando encontrar alguna explicación en las desordenadas pilas de cajas que me rodeaban. Pero no. Solo estaba yo con las pocas pertenencias que había considerado lo suficientemente irremplazables como para hacer el viaje transatlántico. Me maravillaba, la verdad, lo poco que conformaba una vida; en particular cuando había que tener en cuenta los gastos de envío desde Texas hasta Irlanda.

Mi atención volvió a la caja aparentemente inofensiva y a la ordenada pila de tela negra de nailon en su interior. Había estado usando el cúter como si fuera un micrófono, dejándome llevar por la voz chispeante de Dolly Parton y la promesa de un nuevo comienzo mientras desempaquetaba, hasta que el impacto de encontrarme las bolsas mortuorias me sacó bruscamente de mi fantasía.

Revisé la etiqueta de envío para ver el destinatario: Willow Haven. La pensión de al lado.

¡¿Qué... demonios?!

Galway tenía fama de ser una ciudad muy animada, y era eso lo que me había atraído a ella. No esperaba encontrarme con un paquete de suministros para muertos en la sala de estar. Por supuesto, el espe-
ctro morboso de la culpa me había seguido desde Austin; la pena me había acompañado como polizona desde el otro lado del charco.

Eché un vistazo a través de las persianas de mi apartamento de alquiler, parcialmente amueblado. Ninguna señal de vida en el edifi-
cio de enfrente. Con sus ventanas arqueadas y su fachada de piedra, era un ejemplo perfecto de la arquitectura local. La vista 360° de los mapas de Google me había convencido de mudarme a este pintores-
co barrio celta solo dos semanas atrás, por sus hermosas vistas de la bahía y su vibrante escena artística. Quizá fuera lo suficientemente espontánea como para mudarme a otro país por trabajo con poca anticipación, pero también sabía que debía informarme sobre la tasa de criminalidad antes de firmar un contrato de alquiler en una parte dudosa de la ciudad sin darme cuenta.

Aunque mi nuevo edificio en sí era encantador e histórico, el mobiliario del apartamento no era gran cosa: un sofá de dos plazas raído y un escritorio con marcas de vasos que ahora era el hogar de mis fieles iPad Pro y lápiz óptico. Mi baúl de viaje desgastado hacía las veces de mesa de café. Lo básico para una estancia de nueve meses.

La caligrafía descuidada de mi prima Cielo en el lateral de una caja me llamó la atención. Ya la extrañaba. Ahora había siete mil doscientos kilómetros de distancia con todas las personas de mi vida pasada. Por primera vez en veinte años, estaba sola. Por elección... pero aun así...

Definitivamente, en mi lista «empezar de cero en Irlanda» no salía recibir bolsas para cadáveres en mi nuevo apartamento.

Tal vez quien había pedido las bolsas las necesitaba para algún tipo de proyecto. Las personas que planean esconder cuerpos suelen evitar dejar rastro documental, ¿no es cierto? Galway era un refugio para los creativos, con su universidad y sus callejones repletos de músicos callejeros. Seguro que había una explicación.

Unas enredaderas de hiedra trepaban por el edificio georgiano de al lado y gráciles sauce sombreaban el jardín; no parecía un lugar siniestro. Quizá el comprador necesitaba esas bolsas de inmediato, para una obra de teatro o un cortometraje estudiantil. Podría ser una oportunidad para hacer mi primera amistad; una amistad que no fuera un asesino en serie, claro. Aparte del personal de dirección y de recursos humanos de mi nuevo trabajo, no conocía a nadie en Irlanda. Incluso había intentado entablar conversación con el repartidor... Pensándolo bien, probablemente eso era lo que había causado la confusión con el paquete. Necesitaba conocer al vecino antes de que mi imaginación se descontrolara. Por todos los santos, esta ciudad había sido votada como la más amigable del mundo en más de una ocasión.

Me puse mis botas camperas favoritas y un jersey para protegerme del frío de noviembre, y caminé hacia la pensión con la caja bajo el brazo, sintiendo cosquilleos de curiosidad.

No había nadie en la recepción. Tradicional pero acogedor, el vestíbulo tenía una energía sombría. Daba la impresión de que lo manejaba una señora mayor que tejía tapetes de ganchillo. Lamentablemente, dudé que se fuera a convertir en mi mejor amiga. Un timbre de servicio, redondo y plateado, brillante como una gota de mercurio, descansaba sobre el mostrador. Un tintineo agradable llenó el espacio cuando lo toqué.

Nada.

—¿Hola? —Me sentí como uno de esos personajes de las películas de terror que se aventuran solos en la oscuridad en vez de salir corriendo.

Agradecida de no haberme encontrado con un asesino, deposité el paquete sobre el mostrador. Pero, antes de poder escapar, una voz profunda respondió desde algún lugar invisible.